



CAPÍTULO DUODÉCIMO

Los albores de la poesía del siglo décimo-nono.

Los crímenes que acabamos de presenciar, evocados por el conjuro de la Historia empujándonos desde sus cruentos lodazales á las cumbres del arte, donde la hermosura estética nos sonríe como una luz perenne y se anticipan por dones de la inspiración y del presentimiento las armonías celestiales que todos adivinamos al través del espacio y la santa inmortalidad que todos nos prometemos de la esencia espiritual del alma. Tras tantos combates exterminadores y feroces, revoluciones epilépticas, sociales neurosis, guerras que todo lo ensangrientan, incendios que todo lo devastan, merodeos que todo lo aniquilan, matanzas que á todos nos deshonran, cadalsos chorreando sangre sobre nuestras frentes, reposa el ánimo en la poesía, y á los albores de la poesía del siglo décimo nono, que despunta y amanece, como ideal aurora, se convierten por necesidad nuestros ojos enardecidos por espantosas visiones. Nunca he juzgado que fuera la política exclusivo asunto de la historia. Siempre me ha parecido que debe una historia concienzuda historiar desde la política y la legislación hasta las costumbres, el arte, la ciencia. Desconocerías el siglo, si conociendo á Napoleón, desconoceráis á Goethe y á Byron; si conociendo al buen Argüelles, desconoceráis al inmortal Quintana. Volvémonos del cadalso, donde se ha desplomado una regia víctima; volvémonos al Olimpo, donde brotan los genios inmortales de la poesía y del arte. Por estos años de la revolución han ya nacido Leopardi, Manzoni, Alfieri en Italia; ya Goethe y Klostok y Lessing en Alemania; ya Lamartine y Chateaubriand en Francia;

ya Quintana y Cienfuegos en España; ya Byron en Inglaterra. Por este último debemos comenzar el relato de la poesía del siglo, porque nadie la representa con tantos y tan gloriosos títulos; nadie la condensa en su frente con tal felicidad y tan abundosa inspiración. El siglo anterior, tan revolucionario en política y en legislación y en filosofía, no innovó cosa ninguna en artes y en poesía. Las fórmulas consagradas por Boileau y su estrecha crítica reinaban en las letras como reinaban en las artes, pintura, escultura, y arquitectura, las fórmulas académicas. El poeta Chenier me parece tan académico de suyo cual el pintor David ó el escultor Canova. Hasta la política, tan innovadora en su fondo, respeta en sus formas, en elocuencia sobre todo, los antiguos cánones clásicos y académicos. No leeréis un discurso de Robespierre ó de Vergniaud sin verlo inspirado en las historias griegas y romanas. Aquel gran siglo de la crítica; después de haber publicado la Enciclopedia, publicó el Examen de la Razón Pura, tocando con verdadera temeridad las bases inconvencibles del pensamiento. Pero la literatura, ni había innovado nada fuera de sí misma, ni dentro de sí misma tampoco había innovado ninguna cualidad, ningún carácter. Se caía el organismo social producido por veinte centurias consecutivas y no se caía el trono de Horacio repintado por Boileau y erigido en la mitad del Paraíso. Las genialidades individualistas de la grande Inglaterra y las genialidades románticas de la inmensa España pudieron producir en el siglo décimo-sexto dos teatros tan originales como el teatro Shakespeare y el teatro de Lope. Mas, así que llega Luis XIV al trono en el siglo décimo-séptimo, la monarquía de Versalles, no sólo triunfa en los campos del combate, triunfa en los cielos del arte. Los jardines se arreglan y los árboles se igualan á una con aquellas tijeras que han convertido las alamedas versalleses del extensísimo parque regio en filas cortesanas y palaciegas de la servil corte. Así, durante todo el siglo décimo-octavo, siglo, aun sometido en artes y en letras al genio de Luis XIV; todos los escritores trazaban sus libros con los ojos puestos en las modas dictadas desde Francia. Nuestra sintaxis, amplia y resonante y majestuosa, en cuyos giros se inspiraran desde Carneille hasta Bossuet, quedó restringida en su antiguo vuelo y uniformada por el gusto borbónico, el cual transcendía desde los jardines de la Granja con incontrastable poder hasta las fábulas de Iriarte y las comedias de Moratín. Los conductores de aquella edad habían sido por tal manera temerarios que innovaran con innovaciones increíbles la política y la filosofía. Voltaire llevó la crítica de todo lo antiguo al entendimiento colectivo de los pueblos; Rousseau por su parte y á su vez llevó el corazón de las mujeres con su elocuencia sentimental á la democracia y á la República. Pero en letras nada innovaron. Y se necesitaba una innovación. El innovador había ya nacido cuando se aproximaba el crepúsculo vespertino de la última centuria y brillaba el espíritu matutino de nuestra centuria. Este innovador debía bajar desde razas muy errantes y antiguas al seno de nuestra edad; debía tener un ideal individualista que prescindiese de las ideas y de las costumbres y de las instituciones heredadas; debía eri-

gir la individualidad humana como centro necesario para el triunfo de todas las libertades, haciendo en el sentimiento literario y artístico aquello que hiciera Fichte y su escuela en el cielo de la metafísica; debía sentirse por el Parlamento y para el Parlamento educado en sus interminables disputas literarias; debía llamarse lord Byron.

Paseábame cierto día, muchos años hace, al ocultarse la cara del sol, por los inmensos espacios de Hyde-Park, y paseábame recordando mis recientes visitas al Lido de Venecia y á la bahía de Nápoles; ó, volviendo mis ojos, humedecidos por las lágrimas, á los lejanos horizontes de Cádiz, donde las aguas y los cielos se confunden amorosos en una fiesta de colores, y á los bosques de Elche, donde las palmeras, agitadas por las brisas mediterráneas, componen melancólica melodía unísona, digna del desierto. ¡Cuán diversos estos paisajes del paisaje inglés, tantas veces descrito por grandes poetas, y nunca comprendido sino por la experiencia de nuestra propia vista. El suelo es verdísimo, esponjoso, húmedo; el cielo sombrío, pardo, lleno de vapores, ya blanquecinos, ya tirando á violeta, de cuyas masas destila una luz indefinible, pálida, como si proviniera de colosal luna; los árboles, elevándose á inmensa altura, tienen claro verdor y caprichosos recortes, cuya gracia y cuyo misterio se aumentan entre los pliegues de las nieblas que les prestan su misterioso velo; allá lejos las ojivas de la Abadía de Westminster y las góticas torres del Parlamento, las cuales parecen, merced á su fantástica envoltura de vapores, no tanto sólidos edificios como extraños dibujos, aguas fuertes, sombrías estampas trazadas por algún genio en el acuoso aire y próximas á disiparse como nubes. ¡Cuán diferentes son los objetos en el Norte y en el Mediodía! A nuestra luz una línea se inflama y parece un cuadro; á la luz inglesa un edificio se desvanece y semeja una sombra. Por eso los griegos, los grandes intérpretes del Mediodía, han hecho sus monumentos pequeños y bajos, dejando á la luz el cuidado de extenderlos y elevarlos en sus alas de oro, mientras los ingleses, los grandes intérpretes del Norte, han hecho sus monumentos colosales, altos, para que penetran con sus agudísimas agujas y sus sólidos muros en el espeso aire y disiparan un poco las sombras. Esta no es la atmósfera de las artes plásticas. Una figura de mármol, que el sol de Italia dora hasta darle el color y el tono de la carne, se convertiría pronto aquí en pedazo informe de carbón de piedra. Por eso, cuando en breve espacio de tiempo, habéis pasado desde la contemplación de las estatuas blanquecinas de Chiaja, oculta entre los bosques de olivos y laureles, iluminados por aquel sol deslumbrante que se duplica en las celestes aguas del Tirreno, á la contemplación de estas negras estatuas de los paseos de Londres, apenas podéis deteneros á mirarlas, porque hieren vuestra retina y desconciertan todos vuestros dogmas sobre el gusto y el arte. Las estatuas del Mediodía conservan lo que es en ellas eternamente hermoso: la forma; y los héroes del Norte, en sus estatuas, pierden lo que es en ellos eternamente grande: el alma. Estos países boreales no son los países de las artes plásticas; pero son los países de la poesía espiritualista. En

ellos se pueden resucitar los héroes de otras edades, como los resucitaba Walter-Scott; se pueden penetrar hasta el fondo de los abismos ocultos en nuestro sér, hasta el fondo del corazón y de la conciencia, como penetraba ese buzo inmortal de los océanos del alma, como penetraba Shakespeare. Inmediatamente que tocáis estas playas, os sentís movido, según vuestro temperamento: si sois fuerte y nervioso, al trabajo; si sois emprendedor, al comercio; si sois filósofo, á pensar; y á soñar, si sois poeta. En tales países del Norte, ó en países muy semejantes á ellos, se han escrito las creaciones de Swifth; de Hoffaman y de Richter. Tales son los países en que el cuerpo se pierde como un ángel en cielos infinitos é ideales. Tal es el país de Byron. ¿Por qué no pensar en él cuando acabamos de ver su hogar? ¿Por qué no recordar su vida cuando hemos visitado su tumba? ¡Debemos todos los hijos de este siglo incierto y enfermo tantas enociones á Byron! Ya una súbita revelación de nuestras dudas; ya un quejido desgarrador para expresar nuestros dolores; como si fuera su boca la fuente por donde fluyen los caudales de nuestras ideas, las corrientes de nuestra vida. El genio de Byron, que aparece á principios del siglo, es como un genio funerario, pero esculpido sobre nuestra cuna. Consideremos su interesante vida, y luego examinaremos sus obras y apreciaremos su genio; sublime conjunción de las formas escultóricas antiguas, con la idealidad moderna, principalmente encarnada en los países del Norte. Su raza es de origen escandinavo; su genio venía virtualmente entre las espumas y los huracanes de los mares del Norte, volando sobre las barcas de cuero de los normandos; sus padres pertenecieron á las tribus hijas del polo, azotadas por el huracán, quienes, después de haber pasado por Francia, se trasladaron, como en alas de sus inquietas ambiciones, á las tierras de allende el Estrecho. Entre los compañeros de Guillermo el Conquistador se halla el jefe de su familia, uno de los señores territoriales de Nottingham. La tierra más bella poseída por su familia, fué la tierra de Rochdale, en cuya posesión entró por los tiempos de Eduardo I. Su raza, pues, ha errado por los desiertos de hielo, que los prehumanos rengíferos pueblan y las auroras boreales brillantan, como las selvas del Norte, henchidas de misteriosa poesía; combatido en la inmensidad de oscuros mares las mugientes olas y los desatados vientos; corrido, inspirado por la sencilla de la Edad Media, sobre el trotón guerrero, la fuerte lanza al brazo, su escudo señorial en el pecho, á buscar el sepulcro de su Dios entre las encendidas arenas del Oriente; sustentado el duelo caballeresco secular entre su patria y Francia en los campos de Crecy; reposado en castillos soberbios defendidos contra sus rivales por las almenas, contra sus siervos, por la horca, y contra sus Reyes, por los privilegios; matando frailes en tiempos de Enrique VIII en la Gran Bretaña, para servir al cisma, como árabes en tiempo de Ricardo en el desierto, para servir á la Iglesia; y luego entrando formidable en el Parlamento, donde, sin quererlo y sin saberlo, defendiendo sus excepciones señoriales y su blasón aristocrático, ha contribuído, como toda la nobleza británica, á echar las bases de

los derechos modernos, siempre acompañado de aquel genio altivo y aquella independencia individual, su patrimonio hereditario desde los hielos del polo. Pero cuando las propiedades de esta romántica familia llegan á manos de Byron, ¡oh! llegan arruinadas, deshechas. Esta ruina comienza ya en los tiempos de Jacobo I, en que uno de sus predecesores se da á la vida fastuosa de la corte, y para sostener esta dispendiosa vida, dase también á los préstamos, que cancerarán con la usura sus tierras. Otro servirá fielmente en sus desgracias á Carlos I. Las guerras civiles acabarán de arruinarles á todos. Las viejas ágiles, sin plumas casi para calentar su nido, se van al secular torreón medio desplomado, por cuyas hendiduras entran los lagartos y las nieblas. Allí se arrastran en la miseria, embriagadas por el orgullo. En 1750 rompe esta familia un poco el sudario del olvido. El abuelo del poeta ha sufrido un dramático naufragio, que llama profundamente la atención de Inglaterra. En 1765 uno de sus tíos, el que lleva el título hereditario de par, recogido después por el poeta, mata en riña, más que en duelo, á uno de sus parientes, y cuelga del techo de su cama, como un trofeo, la espada homicida que debiera herir su conciencia y su vista como un remordimiento.

La Cámara de los Lores, llamada por su oficio á entender en su crimen, le absuelve; pero la opinión le condena. Entra en su castillo, se aísla, ruge como un león enjaulado, se esquivo á las gentes como un ave nocturna, de día caza jabalíes, de noche educa grillos, adiestrándolos en evoluciones á fuerza de castigos é industriosa paciencia; y siempre muestra odio á la humanidad, humor reconcentrado y violento, extravagancias que confinan con la locura. El padre de Byron se casa dos veces, la primera por amor, la segunda por interés. Robó á lord Camarthen su mujer. De aquí un proceso, del proceso un divorcio, y del divorcio un casamiento con la esposa de su víctima. En esta mujer tuvo á Augusta, hermana mayor, tiernamente amada por el poeta. Viudo de su primera mujer, se casa en segundas nupcias con Catalina Gordon. De estas nupcias nació el gran poeta, engendrado en el dolor, parido en un hogar, de continuo zozobante, al empuje de graves disgustos matrimoniales. El padre de Byron se casó por vivir alegremente con la fortuna de su mujer, que le adoraba hasta el frenesí. En dos años desapareció esta fortuna. Para ocultar su miseria partiéronse á Francia. Lady Byron, no pudiendo sufrir más tiempo el desamor de su esposo, que se aumentaba con las horribles penalidades de la escasez, fuése á Londres, herida en sus más caras afecciones, desesperada del porvenir, enamoradísima de su marido, pero encontrando en este amor una fuente ponzoñosa de dolores. Bajo tan horrible situación parió al poeta que Goethe debía en su epopeya pintar como hijo de Fausto y Grecia, caído del cielo al cieno, pero conservando sus alas místicas, su lira de oro en las manos, y el resplandor de su divina belleza en el olímpico rostro. Byron notaba que en su familia los matrimonios producían frutos únicos. «Las alimañas feroces, las tigres, las leonas. añadía el poeta, paren poco.» Largo tiempo rehusó nacer, como si

temiese al mar de la vida, que debía encrespar con sus pasiones, oscurecer con sus dudas y rizar también dulcemente con el céfiro de sus versos. Fué necesario arrancarlo, como por violencia y esfuerzo, á las entrañas de su madre, dentro de cuyo seno se había fabricado ya la tumba. Cuando tocó la tierra semejante sér, nacido para volar por lo infinito, su pie se encogió como si la tierra le quemara. Fué desde su niñez cojo. Este hogar tempestuoso, este nacer rebelde, este padre disipador, este tío asesino, esta madre amargada que había perdido las dulzuras de su sexo en las espinas de su dolor, esta sangre hirviente, agitada, como las olas del mar por donde anduvieran errantes los normandos, esta cuna mecida por la desesperación y regada eternamente de lágrimas, esta decadencia de una familia ilustre que parecía próxima á extinguirse en su último representante, esta cojera accidental, por la que sintió penetrar hasta su corazón mil veces el helado filo del ridículo, todas estas desolaciones le inspiraron aquella elegía eterna, encerrada en sus versos, como una continuación no interrumpida del primer amargo sollozo de su existencia. Hay un sér que puede dulcificar todos estos dolores, que puede destruir todas estas tristes asperezas, la madre. Dios nos la ha dado para poner una gota de miel con sus puros besos en el acibar de la vida. Dios la ha enviado junto á la cuna, para que, al abrir los ojos, oculten las alas de su amor toda la oscuridad del horizonte en que vamos á batallar para conquistarnos la muerte. Dios ha querido que sus manos plieguen nuestras manos para las primeras oraciones, y que su sonrisa sea la aurora de lo infinito para la esperanza. Ella es la virtud, la caridad, la parte tierna del corazón, la nota melancólica del alma, el fondo inmortal de inocencia, que siempre queda bajo los pliegues y repliegues del más cruel carácter. Cuando sintáis un buen impulso en el corazón, el deseo de enjugar una lágrima, de socorrer una desgracia, de partir vuestro pan con el hambriento, de lanzaros á la muerte por salvar la vida del prójimo, volveos, y encontraréis á vuestro lado, como el ángel de la guarda, que os inspira el pensamiento del bien, la sombra querida de vuestra madre. La razón, los libros, las escuelas, el padre, nos dan las ideas; los sentimientos siempre los dan las madres. Catalina Gordon pudo dulcificar con su educación la hiel en la vida de Byron. El titán necesitaba ser cincelado, para corregir sus monstruosidades, por los brazos de una madre. Pero Catalina, exiraña, desigual, orgullosa, no sintiendo otra pasión que el amor de su marido, y la tristeza de no ser correspondida, arrojó moralmente con desdén su hijo al fondo de los abismos del mundo, como si le molestase aquel recuerdo vivo de su amor y de su desgracia. El padre, amistosamente divorciado, no iba al hogar sino para estafar á su esposa; y no miraba al niño sino para decirle con amargura que se parecía mucho á él, y darle algún golpe ó algún regaño por toda señal de su cariño. Byron ha querido ocultar estas tristes verdades; pero se desprenden de toda la historia de su vida. En mil setecientos noventa y uno murió su padre, quien, magüer su disipación y sus locas pasiones, guardaba cierto fondo de bondad, realizado